

les. En este mismo día fué establecida una batería de catapultas que disparó hasta siete veces; á la mañana siguiente ya habia hasta doce en estado de hacer otro tanto. En dos días habia quince toesas de muralla minada ó derribada. Un testigo ocular dice, que no habia suficientes cirujanos en los hospitales para arrancar los dardos de los cuerpos de los heridos, y que, como una nube de flechas caia sobre la ciudad, se hacia imposible acercarse á la muralla sin estar expuesto á una muerte inevitable.

A la vista de un ejército tan numeroso como era el sitiador, y los terribles efectos causados por las máquinas de guerra musulmanas, los cristianos se abandonaron al desaliento, y no pensaron más que en lamentarse y deplorar la causa de sus desgracias. Los viciosos más insensibles á las lecciones de la prudencia, acababan por ser dóciles á la vista de sus calamidades. Para aplacar la cólera del cielo, las damas cortaban los cabellos de sus hijas, y las sumergian hasta el cuello en cubas de agua; los niños y los viejos hacian resonar las iglesias y plazas públicas con gritos lamentables; los eclesiásticos con casco en la cabeza y la pica en la mano, y descalzos, hacian durante la noche procesiones con el Santísimo Sacramento por encima de los baluartes; mas todos se habian hecho indignos de ser escuchados de lo alto; los vapores de su corrupcion habian formado entre ellos y el cielo una nube espesa, que impedia que sus plegarias llegasen hasta Dios. Se encontraba toda la ciudad en tal extremo de turbacion y terror, que el patriarca prometió, por medio de pregon público, 5,000 besans á cualquiera que reuniera 50 hombres para defender una sola noche la brecha que habia en la muralla, y no hubo quien pudiera reunirlos, aunque se habia ofrecido proporcionarles las armas que quisieran escoger (1).

En tal extremo, el consejo de guerra decidió que no habia otro partido que implorar la clemencia del sultan, y capitular con las condiciones que fueran menos deshonrosas para la ciudad. Salió en efecto una comision, y Balizan, que llevaba la palabra, hizo presente á Saladino que la ciudad se entregaria, pero con capitulacion honrosa; pero el fiero musulman no quiso oír una palabra de capitulacion, y respondió: «Yo quiero que Jerusalem sea tomada por asalto; en ello va mi honor, no puede ser purificada sino por la sangre de los cristianos; lo he oido decir á los sabios de mi nacion, á quienes he querido consultar (2).»

Envióse una segunda diputacion al campo enemigo, y se ofrecia á entregar las llaves de la ciudad y 100,000 besans como rescate de esclavitud, pero tambien fué rechazada con desprecio esta proposicion. Enton-

(1) Chron. Terrae Sanctae, col. 570.—W. Tyrrii, Cont. Hist., col. 613.

(2) W. Tyrrii, in Vet. Script. Col. Ampl. tom. 3, col. 570.

ces Balizan, con un valor digno de su nobleza; dijo á Saladino: «Si tal es vuestra resolucion, sabed, terrible vencedor, que aun somos en número bastante para haceros experimentar los terribles efectos de la desesperacion. Vos tendréis que presenciar el espectáculo de un incendio general; lo reduciremos todo á ceniza, nuestros efectos, casas y metales, sin perdonar la roca sagrada y ese templo, por el cual vos teneis tanta veneracion. En todos vuestros pasos no hallaréis sino objetos de horror. Nosotros empezaremos por asesinar á 5,000 musulmanes que tenemos prisioneros; el plan está formado, en caso que se nos rehuse la libertad; despues de esto saldremos en masa, con las armas en la mano resueltos á vencer, y haceros experimentar cuán terribles son los cristianos, cuando se trata de librarse de una vergonzosa esclavitud (1).»

Conmovido Saladino por estas palabras, y dispuesto á economizar la sangre de sus soldados, pidió á Balizan que fuera á la ciudad, y que volviera á la mañana siguiente.

En efecto, Balizan se presentó otra vez y halló más tratable al vencedor, quien otorgó una capitulacion concebida en estos términos:

«Primero: Que la ciudad se entregaria sin destruccion alguna.

«Segundo: Que la nobleza y gente de guerra podrian salir con armas, y acompañados por una escolta irian á Tiro, ó á donde quisiesen.

«Tercero: Que los griegos podian permanecer en la ciudad como los ciudadanos.

«Cuarto: Que los latinos tendrian 40 días de tiempo para salir de la ciudad, durante el cual serian libres de vender sus efectos, sino deseaban llevárselos consigo.

«Quinto: Que á su salida los hombres pagarian 10 escudos de oro, las mujeres 5, y 2 los niños.

«Sexto: Que los que no pudiesen satisfacer esta tasa, quedarian esclavos.»

Vuelto Balizan á Jerusalem, presentó la capitulacion estipulada á las autoridades y jefes de las Órdenes, quienes firmaron aquella, y en seguida se mandó publicar por toda la ciudad para conocimiento del público, y salió después una comision para presentar á Saladino las llaves de la ciudad.

Durante la noche que precedió á la entrega, dentro de Jerusalem no se oian sino lamentaciones, suspiros y gritos de desesperacion de los pobres cristianos, deplorando la infeliz suerte á que se hallaban sumergidos. Hombres, mujeres y niños, postrados ante el Sepulcro del Salvador, se deshacian en lágrimas, se postraban y besaban aquellos Santos Lugares

(1) Hist. Universal por una Sociedad de ingleses, tom. 16, pag. 517.

que bien pronto debían abandonar para siempre; pero aún fué mayor el desconsuelo al acercarse el día en que debían alejarse de Jerusalén y dar un adiós eterno al Santo Sepulcro y al Calvario, día en que quedó como sepultado aquel pobre pueblo en el dolor más amargo: querían los cristianos abrazar por última vez los vestigios sagrados de Jesucristo, y hacer una oración postrera en aquellas iglesias en que con tanta frecuencia habían rezado. Todos los ojos derramaban lágrimas; Jerusalén nunca había sido tan querida para los cristianos, como el día en que les fué preciso abandonar aquella santa patria.

Cuando llegó la hora de la entrega y entrada de Saladino, se cerraron todas las puertas de la ciudad excepto la de David.

Saladino, colocado en un trono, vió pasar por delante de sí á un pueblo afligido. El patriarca seguido del clero fué el primero que apareció, llevando los vasos sagrados, los ornamentos de la iglesia del Santo Sepulcro, y tesoros cuyo valor, según dice un autor árabe, sólo Dios conocía. Seguía la reina Sibila con sus hijos, acompañada de los principales varones y caballeros; Saladino respetó su dolor y le dirigió algunas palabras de consuelo. Un número considerable de mujeres seguía á la reina: todas llevaban sus hijos en brazos, llenando el espacio con gritos desgarradores. Al pasar por delante del trono de Saladino, suplicaron les restituyese sus hijos y esposos que quedaban cautivos, y el sultán accedió á sus ruegos.

Varios cristianos, abandonando sus muebles y efectos más preciosos, llevaban sobre sus hombros, unos á sus parientes debilitados por la edad, otros á sus amigos enfermos ó imposibilitados. Este espectáculo conmovió el corazón de Saladino, y en su generosa compasión permitió á los Hospitalarios permanecer en la ciudad para cuidar á los peregrinos, y á aquellos á quienes enfermedades graves impedían salir de Jerusalén.

El 2 de octubre de 1187 entró triunfante Saladino en Jerusalén, 88 años después que Godofredo de Bullon la había tomado. El culto del falso profeta de la Meca sustituyó á la religión de Jesucristo en la ciudad conquistada; todas las iglesias excepto la del Santo Sepulcro, (cosa providencial) fueron convertidas en mezquitas. Saladino mandó lavar con agua de rosas, llevada de Damasco, las paredes interiores y exteriores de la mezquita de Omar. En el primer viernes que siguió á la toma de Jerusalén, el pueblo y ejército musulmán se reunieron en la mezquita principal, y el jefe de los ulemas pronunció un discurso acerca de las victorias de Saladino. Mientras que en los Santos Lugares resonaban himnos de un culto extranjero, los cristianos vagaban tristemente por la Siria, rechazados por sus hermanos, que les acusaban de haber entregado el Sepulcro del Hijo de Dios. La ciudad de Trípoli les cerró las puertas; los que se trasladaron á Egipto fueron menos desgraciados y conmovieron el corazón de los musulmanes; muchos cristianos se embarcaron para Europa,

donde anunciaron con gemidos y lamentos, que Jerusalén había caído en poder de Saladino (1).

Una vez rendida Jerusalén, las disposiciones del nuevo señor fueron fundir las campanas, destruir los altares, destrozarse las imágenes y borrar todos los vestigios del cristianismo. Uno de los más notables era una gran cruz de bronce dorado, elevada sobre la cúpula de la iglesia de los Templarios; al verla caer los pocos cristianos que lo presenciaron, dieron un grito de dolor é indignación.

El tesoro del rey de Inglaterra fué empleado para el rescate de 7,000 pobres, sin contar los que rescataron los Templarios con su propio dinero, y aquellos que fueron concedidos liberalmente á ruegos del patriarca y de Balizan.

Aún quedaban 14,000 cautivos; pero Saladino concedió la libertad á más de la mitad, para manifestar á los cristianos que no les cedía en generosidad; y no contento con dar las órdenes más severas para que se respetase á los ciudadanos, hizo magníficos presentes á las damas y jóvenes de distinción, además de dar libertad á sus esposos y parientes.

Así se portó Saladino, que no tenía de bárbaro sino su nacimiento, vengándose de la sangre de 70,000 turcos muertos por los primeros cruzados (2).

Si las desgracias que acabamos de relatar, llenan el corazón del cristiano de profunda pena, nosotros no podemos menos que inclinar nuestra frente y bendecir á la Providencia, cuyos designios son desconocidos á la menguada razón humana. ¿No se cruzaban los cristianos con fe, ardor y entusiasmo para pelear contra los enemigos de la cruz? ¿No era su único objeto librar los Santos Lugares del poder de los sectarios del falso profeta? ¿No era la devoción y el celo que animaba á los cristianos, al abandonar su patria para venerar el Santo Sepulcro del Salvador, y arrancarlo de las manos del infiel? ¿Por qué así había degenerado el valor de los cristianos, y pasó todo á poder de los enemigos de la fe?

No podemos decir sino que fué un castigo de la Providencia por culpas que no pueden precisarse; pero como Dios castiga y vivifica, según la Sagrada Escritura, al través de las mayores calamidades podemos esperar siempre en su misericordia.

Los Templarios, en la angustiosa situación en que vieron á los cristianos de Jerusalén no les abandonaron un momento. Además de haberles rescatado con su dinero, como hemos visto, con caridad fraternal, se encargaron de acompañarlos hasta lugar seguro, y para este efecto se formaron tres cuerpos: el primero fué el Temple, el segundo la Orden del

(1) Hist. de las Cruzadas, cap. XIII.

(2) Chron. Terrae Sanctae.—W. Tyrif, Continuat. Hist.—Bernard. Thesaur., cap. 111.

Hospital, y el tercero el patriarca, de los cuales el que tomó el camino de Antioquia y Trípoli, experimentó el trato más inhumano, que no puede leerse sin indignación; el que se dirigió á Alejandría, fué tratado por los infieles con la mayor compasión (1).

La reina Sibila con sus hijos y principal nobleza se retiró á Ascalon, con la segura promesa que le hizo Saladino de que con poco rescate daría libertad á su esposo Guido de Lusñan.

Como consecuencia de cierta prevención de que se hacen esclavos algunos escritores, el historiador de las Órdenes militares (2) escribe que, si Jerusalen cayó en poder de los infieles, fué á instigación de los Templarios. Esta acusación es tan visiblemente falsa, que ni merece la atención de ser refutada. Si Jerusalen se hubiera rendido por traición, no podría acusarse con justicia sino á los griegos que formaban el mayor número de sus habitantes, quienes, cansados del yugo de los latinos, buscaban como sacudirlo, exaltados por los discursos de un rico comerciante, conocido en la historia con el nombre de José Elbatith (3).

Apenas fueron reparadas las murallas de Jerusalen, Saladino marchó con el ejército hácia Trípoli, y no habiendo podido rendirla, dirigió sus conatos sobre Ascalon, donde se hallaba la reina Sibila, la cual rindió la plaza con la condición de que el sultan daría libertad á su esposo Guido de Lusñan, al Gran Maestre del Temple, Fr. Terric, á los grandes comendadores Templarios, Fr. Radulfo de Diceto y Fr. Nicolás Triveto, y á quince señores de la nobleza de Jerusalen. En virtud de este tratado, los arriba dichos lograron la libertad.

Pero la conquista más importante para Saladino era la de Tiro. Antes de marchar á ella, mandó un oficial para que intimase la rendición, y por cierto que se hubiera rendido, si en aquellos momentos supremos no se hubiera presentado el joven Conrado, último de los hijos del marqués de Monferrato, quien, viniendo de Constantinopla en socorro de los cristianos, al abordar á Acre ó Tolemaida, supo que estaba en poder del musulman, y virando dirigió su rumbo hácia Tiro, donde fué recibido como un enviado del cielo, para salvar los restos que quedaban de los cristianos. Antes de ponerse á su cabeza, propuso se le reconociera por su señor y soberano, á lo que accedieron los ciudadanos de Tiro, y sin preocuparse de si eran libres ó no de escoger otro soberano que Lusñan, prestaron á Conrado juramento de fidelidad y obediencia.

(1) Hist. de Saladino, tom. 2.—W. Tyril, Cont. Hist.

(2) Tom. 2, pag. 86.

(3) Renaut: Hist. Patriarch. Alexand., pag. 515.—Hist. de los Arabes por el abate Marigny, tom. 4, pag. 278.

El joven marques, sostenido por los caballeros de las dos Ordenes que de Gaza y Ascalon se habian refugiado en Tiro, empezó con gran actividad por restablecer las fortificaciones y profundizar los fosos, animando á unos con su ejemplo, y á otros por medio de liberalidades y exenciones. En una acta que aún se conserva, Conrado confirma á la Comuna de los Pisanos sus antiguos privilegios, concediendo otros nuevos, de consentimiento de los prelados y barones, en cuyo número se halla Terric con su cualidad de Gran Preceptor ó sea Gran Maestre. Este documento es del mes de octubre, firmado por diez y siete ciudadanos y seis Templarios, con el preceptor de Tiro á la cabeza (1). Según todas las probabilidades, parece que en estas circunstancias, Terric, alcanzada la libertad, hizo dimisión del maestrazgo, rogando á los Templarios escogiesen un sucesor bastante celoso, que los gobernase en medio de la tempestad en que la Orden y la Iglesia oriental se hallaban agitadas.

Para resistir más vigorosamente á Saladino cuando se presentase delante de Tiro, Conrado reunió todos los caballeros Templarios y Hospitalarios que pudo, y les encargó la instrucción de los tirios en el manejo de las armas; y en efecto, por su industria en pocos dias los ciudadanos se vieron convertidos en soldados animosos y poseidos del mismo espíritu de sus jefes. Por otra parte, en la ciudad todo era animación y aprestos para la defensa. Entre tanto Saladino avanzaba, presentándose delante de Tiro, á principios de noviembre 1187, pero halló cerradas las puertas y cubiertas las murallas de defensores, cosa que le admiró, pues estaba convencido de que al presentarse se le abrirían las puertas. A pesar de su equivocado cálculo, formó el sitio por mar y tierra, con la resolución de hacer pagar cara la resistencia. Durante siete semanas los ataques fueron rudos, pero la defensa heroica; los hombres, sin descansar dia y noche, estaban en los baluartes y murallas; las mujeres tambien disparaban flechas contra los musulmanes, así como servían víveres y refrescos durante las refriegas: jamás habia visto Tiro una defensa tan obstinada desde la de Alejandro Magno.

Saladino exasperado por tan prolongado sitio, que le impedia otras operaciones, quiso probar una acción, cuya sola idea irrita y repugna, y fué hacer conducir al marqués de Monferrato, hecho prisionero en la batalla de Tiberiades, y por consiguiente padre de Conrado que defendía la ciudad, ponerlo delante de las murallas, y que un heraldo en clase de parlamentario entrara en la ciudad, y declarase al hijo que, si no habria la ciudad á Saladino, se cortaría inmediatamente la cabeza á su padre. A semejante proposición inhumana y bárbara, titubeando el joven Conra-

(1) Italia Sacra, tom. 3, col. 415.

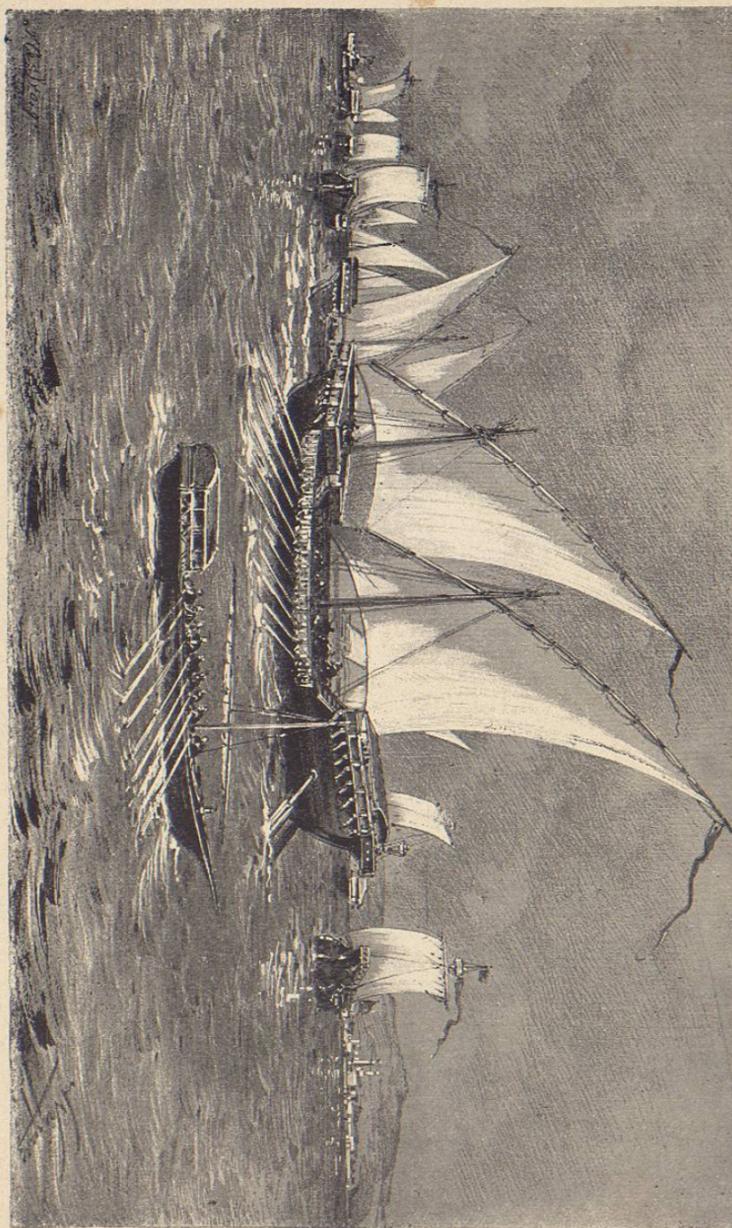
do entre dos deberes igualmente imperiosos, ó de salvar la vida á su padre, ó de abandonar á los cristianos á quienes habia prometido defender, con una resolución digna de los mayores elogios, dijo al heraldo: «Véte, y dí á tu señor de mi parte, que no puede matar á un prisionero de guerra que se ha rendido bajo su palabra, y esto no lo hará sin deshonrarse, y en caso que así suceda, yo me tendré por muy dichoso de haber tenido por padre á un mártir de Jesucristo.»

Después de la salida del heraldo, los soldados volvieron á disparar al campo enemigo, pero con la precaucion de no tirar en la direccion en donde se hallaba colocado el marqués de Monferrato, cargado de cadenas. Saladino mandó quitarlo y volverlo á la prision, continuando el sitio con más vehemencia que antes. A pesar de la vigorosa defensa de Conrado, de los Templarios, Hospitalarios y ciudadanos, la ciudad habria sucumbido, como las otras, á no llegar en aquellas críticas circunstancias el almirante catalan, terror de las aguas del Mediterráneo, el intrépido Margarit, quien, al frente de la escuadra catalana, se habia dirigido en socorro de la Palestina por órden del rey de Sicilia, de la casa de Aragon. Su armada se componia de 40 galeras y otros buques montados por 3,000 ballesteros y 1,000 hombres de armas. Este intrépido y hábil marino, habiendo reconocido por una señal que la ciudad se hallaba en apurado trance, y los cristianos en combate con los musulmanes, forzó la marcha y cayó como un relámpago sobre la escuadra turca, abordando á unas galeras, poniendo fuego á otras, y apresando á muchas, de suerte que el sarraceno aterrorizado por el incendio perdió todo su valor. Toda la escuadra musulmana quedó destruida, puesto que unos buques fueron presos, otros incendiados, algunos sumergidos, y otros encallados voluntariamente en la arena. Este hecho glorioso de la marina catalana tuvo lugar bajo la presencia del mismo Saladino, desesperado de no poder prestar socorro alguno á los suyos, viéndolos perecer en la playa (1).

Este desastre, que abria á los cristianos un punto seguro de socorro en Tiro, desanimó al musulman; y como la estacion avanzaba, levantó el sitio, puso al ejército en cuarteles de invierno, y Saladino se retiró á Acre.

Al tenerse en Europa noticia de los progresos que hacia Saladino, y de los desastres experimentados por los cristianos, trató de socorrer á estos últimos, y al efecto formóse en Verona un ejército para marchar al auxilio de los cruzados, á cuyo objeto el papa Urbano III se dirigió á aquella ciudad para revistar y bendecir aquellas tropas cristianas; pero al sa-

(1) Historia general de Jerusalem, lib. 6.



El almirante catalan Margarit y su escuadra.

ber allí la toma de Jerusalem por Saladino, experimentó tan profundo dolor, que le causó la muerte, estando en Ferrara, en 19 de octubre de 1187.

Por la muerte de Urbano III, fué elegido el 21 del mismo mes y año Gregorio VIII, quien hizo concebir grandes esperanzas, por ser hombre que, á su sabiduría y santidad, reunía gran celo por la religion; más por desgracia ocupó la sede apostólica solo un mes y veinte y ocho dias. Sin embargo, tan luego como subió al trono, su primer cuidado fué la reconquista de la Tierra Santa, y para aplacar la justicia divina, ordenó un ayuno general en toda la cristiandad, proyectando una cruzada para ir al socorro de Oriente cuando sucumbió en Pisa el 17 de diciembre del mismo año. El 19 de diciembre fué elegido Clemente III, quien se propuso llevar á cabo los planes que concibiera su predecesor sobre la reconquista de la Tierra Santa, mandando que se observasen como digna preparacion los ayunos que aquél habia prescrito, con el objeto de aplacar de este modo la ira de Dios y atraer su misericordia.

